

# PERSPECTIVAS SOCIALES DE LA VIOLENCIA EN LA CRISIS ACTUAL



Humberto Belli Pereira

## INTRODUCCION

Una de las notas sociológicas más distintivas de la actual crisis nacional es la violencia. Aunque el tema se ha discutido desde el punto de vista de su legitimidad o de su justificación moral, poco se le ha estudiado en sus perspectivas reales dentro de la matriz nicaragüense, y en sus repercusiones sociales a corto y largo plazo. Sociológicamente la violencia es un proceso social complejo y profundo, con su propia dinámica, y que afecta decisivamente a corto y largo plazo los resortes psicosociales más íntimos de la sociedad. La violencia no es un mero medio o instrumento técnico que produce un dolor relativamente pasajero y cuyos efectos cesan cuando cesa su uso. La violencia no se enfunda como una espada. Debajo de afirmaciones tales como que "la violencia es el parto doloroso para alumbrar un mundo nuevo" se esconde el optimismo que considera a la violencia como una crisis pasajera que sólo ensucia superficialmente a la criatura sin afectar decisivamente su porvenir. Creo que este optimismo, no respaldado ni por la ciencia ni por la historia, debe ser cuestionado a fondo.

Mi intención en estas líneas es mostrar que la violencia, por la misma dinámica que engendra,

amenaza con sumir a Nicaragua en peligros insospechados a corto plazo, y en obstruir las posibilidades de construir una sociedad mejor en un plazo posterior.

La primera parte de este artículo se dedicará a especular sobre posibles consecuencias socio-políticas de la violencia. La segunda versará sobre el impacto que va teniendo a nivel más hondo, sobre "el ethos" (en el sentido de moral, valores, relaciones interpersonales características, etc.) de la sociedad nicaragüense.

## I. PERSPECTIVAS SOCIO-POLITICAS DE LA VIOLENCIA

Respecto a la violencia gubernamental la experiencia ha enseñado que al no encarar las causas más hondas de la insatisfacción popular, agudiza más bien los conflictos y siembra odios que después estallan en vendavales cada vez más incontenibles. La única perspectiva de la violencia represiva es alimentar un torbellino de creciente destructividad, susceptible de conducir a la ruina al país y a los propios miembros del Estado. Debido a las particularidades del caso nicaragüense, éste podrá

vencer momentáneamente, pero no a largo plazo. La crisis que enfrenta no es momentánea ni superficial. Es permanente, con señales inequívocas de agravarse, sobre todo en el campo económico, social y fiscal, y tiene raíces muy hondas.

Desde el lado de la violencia revolucionaria se abre un abanico de posibilidades que merecen estudiarse con detenimiento. La violencia revolucionaria puede optar por dos modalidades fundamentales —susceptibles de mezclarse: una a corto plazo, o insurreccional, y otra a plazo mayor o de escalamiento progresivo. Respecto a ambas posibilidades cabe tanto el fracaso como el triunfo. El primero es una eventualidad contra la cual no hay garantía alguna. Cantidad de movimientos revolucionarios pujantes han perdido guerras en América Latina y en el resto del mundo quedando después aplastados por decenas de años. Indudablemente derrotar en una guerra frontal a un ejército profesional no es nada común en la historia. El fracaso puede sobrevenir rápido, a través de una represión ilimitada o lento a través de una guerra de desgaste.

Por otro lado, también cabe que si la lucha se define como una guerra de desgaste u hostigamiento se generalizen manos blancas paramilitares a gran escala y entremos en una fase de asesinatos recíprocos cuyas víctimas principales terminan siendo elementos de la legalidad y familiares de los protagonistas. En Guatemala, esta pesadilla de represalias y contrarrepresalias ha producido desde 1960 alrededor de 20.000 muertes y el descabezamiento de numerosas organizaciones populares.

La otra posibilidad es que llegue a producirse, por cualquier combinación de causas, un colapso en el ejército y en este sentido “triunfe” la lucha armada. ¿Qué pasaría en este caso? Para responder esta interrogante es preciso situarnos en las condiciones sociológicas de Nicaragua. Aquí, a diferencia de otros países de mayor desarrollo y estabilidad social, no se cuenta con una masa de población suficientemente estructurada alrededor de economías urbanas estables con sus correspondientes grados de disciplina y tradición organizativa. Predomina por el contrario una población muy desintegrada, de reciente urbanización y sujeta a una triple inestabilidad que impacta fuertemente su conducta: inestabilidad en el empleo, ligada al

predominio de actividades económicas individuales e informales, inestabilidad residencial, manifestada en frecuentes migraciones y cambios de domicilios urbanos, e inestabilidad familiar, patente en la frecuencia con que se desintegran los núcleos familiares ante el abandono paternal. Se unen a estos factores otros como la anomia —o carencia de normas que orientan o frenan la conducta—, la juventud de la mayoría de la población (60 % menores de 21 años) y la incidencia alta del alcohol y la violencia. Todos estos factores se combinan entonces para producir una masa de población cuyo tipo de actividad política no se parece en nada a la forma de actuar del proletariado disciplinado de otros países, sino que más bien exhibe altos grados de espontaneísmo, inmadurez y tendencias anárquicas a veces muy destructivas. Esto va unido al subdesarrollo de organizaciones políticas de base que ejerzan un control eficaz de las masas. De producirse entonces la hipótesis del triunfo armado puede preverse un período inicial de caos caracterizado por saqueos, incendios y destrucción indiscriminada, amén de linchamientos, asesinatos políticos y venganzas personales. Habría bandas auto armadas de difícil control en muchas partes del país, y en breve entraría en acción el alcohol (esta mezcla explosiva de pasión, guerra y alcohol, causaría más muertes durante la revolución mejicana que las bajas estrictamente militares). Difícilmente podrían los vencedores controlar rápidamente esta situación, sobre todo si la lucha previa ha sido muy dura y si hay acumuladas muchas tensiones en la población. Experiencias recientes en Nicaragua han mostrado la dificultad de frenar estas reacciones. Contenerlas en todo caso demandaría una cuota muy alta de muertes y no se lograría probablemente sino después de haber cosechado una cuota igualmente inmensa de destrucción material, incluyendo inestimables fuentes de trabajo.

Lo grave de estas circunstancias, y aun la misma eventualidad de Guerra Civil, provocarían por otra parte un éxodo masivo de nicaragüenses, fácilmente calculable en varias decenas de miles, que privaría al país de recursos humanos claves. Si la guerra, como parece, se plantea además como una lucha de exterminio contra todo el andamiaje estatal, el éxodo de sus empleados podría llevar a un colapso de los servicios públicos y a un caos administrativo que se uniría al casi inevitable hundimiento de la economía.

En medio de todas estas dificultades el nuevo gobierno tendría que enfrentar la lucha incierta por su cohesión interior. A falta de un líder de envergadura indisputada, como lo fue Fidel Castro en Cuba, las posibilidades de luchas faccionalistas y divisiones serían una amenaza real a corto y largo plazo. Habría tensiones peligrosas, entre los triunfadores y las otras agrupaciones políticas opositoras, y aun dentro de los mismos triunfadores. Nicaragua tiene una historia pródiga en divisionismos y personalismos enconados. En el abanico de organizaciones políticas que hoy actúan todas han sufrido de uno o varios resquebrajamiento, siendo la lección de la historia que éstos tienden a agudizarse con la toma del poder y a resolverse con la eliminación física de los rivales. Casi todas las revoluciones conocidas, desde la Francesa, hasta la Rusa, pasando por la Mejicana, fueron testigos de luchas intestinas despiadadas que cobraron la vida de sus principales dirigentes.

Aparte de las dificultades internas que la Revolución tenga que afrontar, persistiría por otro lado la amenaza no descartable de contrarrevoluciones apoyadas por países centroamericanos que aprovecharían cualquier debilidad o crisis del nuevo Estado.

Hay razones de sobra, en suma, para creer que retener el poder en estas circunstancias sería paradójicamente más difícil que tomarlo. ¿Adónde nos abocarían estas nuevas disputas? Nadie lo sabe. Richard Millet, el autor del libro sobre la G.N. *"Los guardianes de la dinastía"* y profundo conocedor de Nicaragua, tendría razones para señalar hace poco que más que revolución lo que podría sobrevenir aquí sería un período de anarquía y caos que nos haría retroceder por décadas.

Podría existir empero formas de evitar acontecimientos tan sombríos. Se podría erigir un Estado tiránico que a sangre y fuego impusiera sus férreos controles, pero que nos encaminaría entonces a los peligros bien conocidos del poder absoluto, donde la democratización se va aplazando *"hasta que cesen los peligros"* —los cuales sólo cesan cuando ya no quedan vestigios de oposición.

También cabe que tanto la hipótesis de un fracaso inicial de la lucha armada, como de uno posterior a su triunfo, culmine en el establecimien-

to de feroces dictaduras de derecha que aplastarían todo remanente de organización popular y sindical, retrasando durante muchísimos años la incorporación de las masas a la lucha política.

Inevitablemente los encontronazos armados cuando se plantean en términos de aniquilación total tienden a resolverse o en una tiranía revolucionaria que termina traicionando sus ideales, o en tiranías derechistas que hacen retroceder el proceso.

Es preciso tener en cuenta, por otro lado, que independientemente de cuáles sean los resultados previsibles de la violencia, ésta amenaza con desatar en Nicaragua fuerzas homicidas incontrolables. Esta sociedad ha sido tradicionalmente violenta. De acuerdo a un reporte de las Naciones Unidas de 1968, Nicaragua figuró como el país con la tasa de homicidios más alta del mundo (30 por cien mil habitantes al año). Si se añade a esta patología social el hecho del altísimo consumo alcohólico de la población, del odio y del hambre, podría vislumbrarse mejor la clase de reacciones que atizaría una guerra civil con la degradación total de la vida humana que implica. Si la experiencia de estas guerras en otras partes del globo ha sido espeluznante, ¿qué cabría de esperar en Nicaragua?

## II. IMPACTO DE LA VIOLENCIA SOBRE EL ETHOS SOCIAL NICARAGUENSE.

Independientemente de cuáles sean los resultados previsibles de las confrontaciones armadas, y aún asumiendo que los desenlaces antes presentados no se produzcan gracias a la combinación de circunstancias nuevas no previstas, la violencia produce alteraciones profundas en la fibra social y espiritual de un pueblo que son determinantes para su futuro. Conocer estos aspectos es de primera importancia, ya que todas las posibilidades de construir una sociedad más humana, democrática y justa depende de ello. El estudiarlos implica que el foco de atención se traslada de la estructura socio-política al individuo, y tiene como premisa la creencia de que la calidad de éste será decisiva para la construcción de un orden mejor\*.

\* Quizás convenga anotar que esta preocupación, ya vieja y central en el cristianismo, ha sido retomada recientemente por ciertos autores de la izquierda tales como Marcuse y Cohn Bendit, quienes desilusionados por las experiencias del stalinismo y el despotismo burocrático socialista, han insistido en la necesidad de la creación de un hombre nuevo.

Estudiar este tema con el detenimiento que le corresponde excederá las limitaciones de este trabajo. Baste someramente hacer las siguientes consideraciones:

La violencia tiene un primer y muy discernible impacto en la motivación de los autores sociales. La espiral de muertes va engrosando un contingente humano cuyas motivaciones para la acción son cada día menos el bien colectivo y cada día más la venganza o el odio. El problema que esto plantea para el futuro no puede ser menospreciado. Las motivaciones no son un elemento más en la lucha por una nueva sociedad sino que son el elemento más importante. En efecto, las fuerzas fundamentales que animan a los que luchan por transformar sus sociedades son de dos clases: unas nacen de la bondad, del deseo desinteresado de mejorar la suerte de los oprimidos porque se les ama. Otras nacen del odio, del deseo, proveniente del yo, de desgraciar a otros hacia quienes se experimenta rencor. Estas fuerzas positivas y negativas existen en proporciones mezcladas en cada individuo como en cada agrupación humana. Los movimientos políticos, en concreto, están integrados por una mezcla de individuos en donde predomina uno de los dos principios. La promesa que encierran para la sociedad dependerá decisivamente de la representatividad que dentro de él tengan individuos bondadosamente motivados. Sólo en la medida en que las fuerzas del amor predominen sobre las contrarias pueden esperarse frutos positivos. De lo contrario, tarde o temprano el nuevo orden asomará su rostro opresivo y traicionará sus ideales. El proceso violento es peligroso precisamente porque tiende a empujar el equilibrio hacia el lado de las motivaciones negativas. A quien le han matado un hermano, un padre, un hijo, un amigo, lo saben. Personas con un ideal muy puro y con gran madurez en sus sentimientos pueden asimilarlo mejor, pero la mayoría suele emponzoñarse. El proceso va generando odios y antagonismos mucho mayores que los iniciales y que sólo se sacian con la total destrucción del contrario. La dinámica del odio se ve entonces reforzada por otra que a su vez se nutre de ella: la dinámica del miedo. El agresor no sólo reprime y ataca porque teme perder sus privilegios sino porque teme el castigo despiadado y la humillación. Amenazando de exterminio al enemigo se brutaliza. Al final, la con-

frontación tiende a desembocar en un paroxismo de aniquilación total.

Por otra parte, así como las víctimas de la violencia son deshumanizadas por el odio, asimismo los victimarios han de deshumanizarse ellos mismos para poder ejercitar con eficacia su violencia.

Como es muy difícil matar amando, quien tiene que hacerlo experimenta la necesidad psicológica de devaluar a la víctima u odiarla y así no sufrir de sentimientos de culpa ni perder efectividad. De ahí la frase del Ché, de que un combatiente eficaz ha de ser una *"fría máquina de matar"*.

Por otro lado, a nivel del ethos antes aludido, la violencia amenaza con reforzar muchas de las patologías y más graves de la sociedad nicaragüense, y que constituyen la raíz más honda de su problemática social: el machismo, el irrespeto crónico por la vida ajena, la creencia en la imposición y la fuerza como manera de solventar los problemas, el divisionismo, el maquiavelismo, la intolerancia y otros males semejantes. Valores de corte cristianos como la misericordia, la transigencia, la comprensión, el amor indiscriminado a todos, incluyendo los enemigos, difícilmente encajan en la dinámica que demanda una lucha fratricida. En esta no convienen, no es funcional, por ejemplo, reconocerle ninguna bondad ni comprenderle ningún defecto al enemigo. Es funcional por el contrario, subrayar su maldad y hacer más patente sus defectos.

La transformación en los valores inducidos por las pautas dominantes en la vida política llega a afectar también las formas de relacionarse y reaccionar en la esfera privada. Por un proceso de *"filtración"* hacia abajo, conocido muy bien por la psicología Gestalt, el individuo tiende a hacer de su conducta un todo coherente, es decir que los valores que dominan en su esfera pública y privada tienden a ponerse a *"tono"*, so pena de sufrir diversos grados de desintegración personal. Esto implica que los valores y formas de actuación legítimas en el campo político tendrán una alta probabilidad de ser reproducidas en el campo de las relaciones familiares. Cada conducta tiene subyacente una filosofía que el público intuitivamente aprende. En una disputa matrimonial, por ejemplo, los cónyuges reproducirán los papeles de opresor-oprimido, con-testando a lo que interpreten como usurpación de

sus derechos, con actos de fuerza, legitimando el uso de la violencia o la coerción si creen que su “*causa*” es buena.

La violencia tiene en suma la malignidad de ser un proceso altamente des-educador del ser humano. En sociedades como la nicaragüense, en donde siglos de injusticia y un considerable atraso han dejado un pueblo sumido en niveles muy primitivos de convivencia, tal des-educación no puede ser más trágica.

Para concluir: son muchas las razones para no ser optimistas respecto al futuro nacional.

Se busca con obsesión la victoria política sin reparar en los costos sociales y morales, porque se asume, equivocadamente, que la política es la variable clave en la salud espiritual de una acción. Se ignora que los vicios de la política reflejan en gran medida los vicios de los individuos que integran la sociedad en la que opera, y que la única

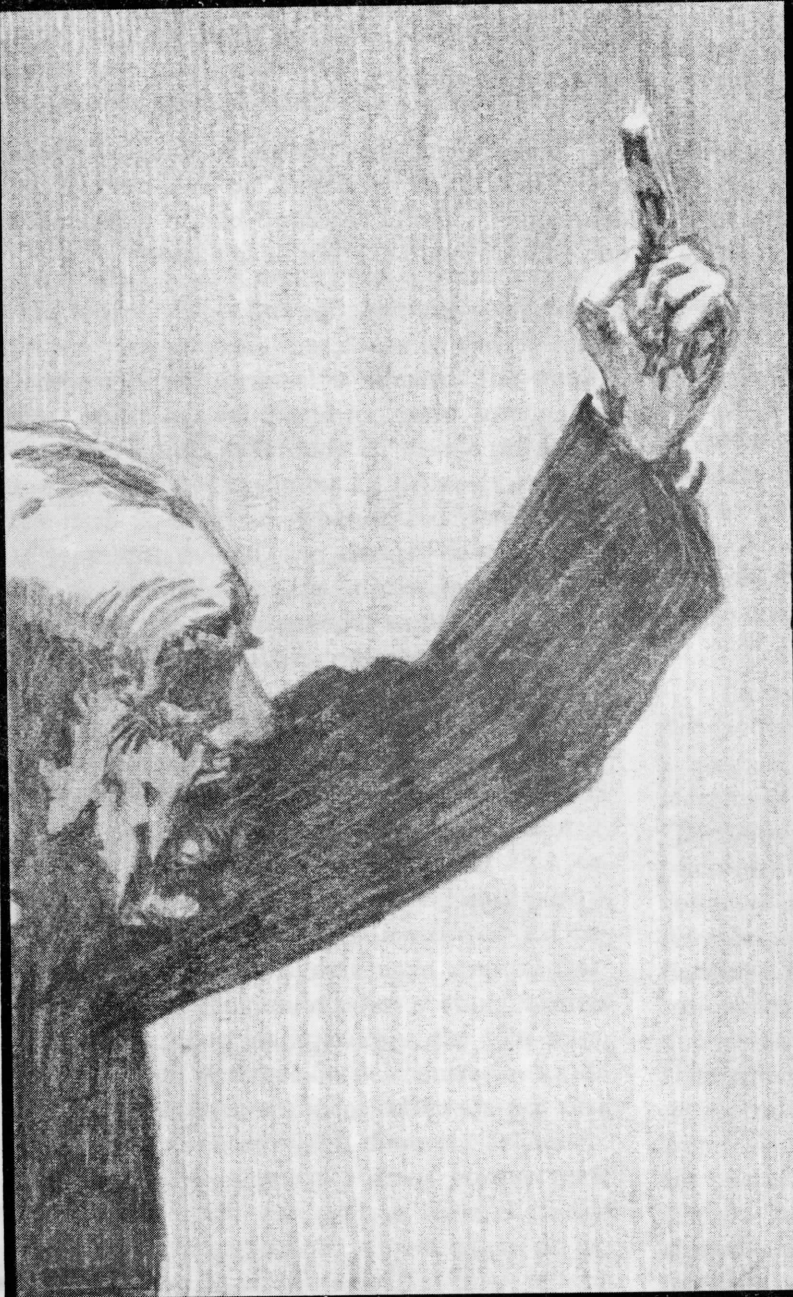
forma de sanearla realmente es a través de la transformación de esos individuos.

Una victoria política ganada a costa de la des-educación moral de un pueblo sólo sería el preámbulo para mayores desiluciones. La historia demuestra con demasiada frecuencia cómo sobre las montañas de cadáveres que luchan por su liberación se erigieron nuevos despotismos pues ya antes las almas habían perdido su humanidad.

De hombres y pueblos deshumanizados no puede surgir una sociedad más justa, fraternal y humana, por cuanto ésta demanda un respeto al individuo y un amor por las criaturas que la violencia y el odio ahoguen.

El problema más hondo, sociológico y moral que enfrenta hoy Nicaragua, no es la sobrevivencia del régimen, sino el deterioro hondo y sistemático que está sufriendo el ethos de la nación.

# **COMUNIDADES CRISTIANAS POR LA PAZ.**



**¿POR QUÉ ME  
HACES VER LA  
INJUSTICIA , Y TE  
QUEDAS MIRANDO  
LA OPRESIÓN?**

**ANTE MÍ HAY  
RUBOS Y  
VIOLENCIAS,  
HAY QUERELLAS  
Y DISCORDIAS.**

**HABACUC 1 (3-5)**